

Decencia es la nueva apuesta narrativa de Álvaro Enrigue, una novela que repasa el pasado siglo mexicano a bordo de un auto de Jalisco a la ciudad de México.

Álvaro Enrigue

En la historia del siglo XX en México está la semilla de lo que está pasando ahora

José Juan Zapata Pacheco

Los ojos de María Félix fotografiados por Figueroa en la película *Enamorada* del "Indio" Fernández iluminan la portada. *Decencia* es el título de la novela que, a decir de su autor Álvaro Enrigue, es la que más le ha costado escribir.

Ajuste de cuentas con la historia de México en el siglo XX, con la narrativa de la Revolución mexicana, con esos movimientos sociales de los años setenta, a través de un viaje que inicia en Jalisco y termina en la ciudad de México. "Una *road novel* que dura cien años", según apunta la contraportada del libro editado por Anagrama.

Dos jóvenes aspirantes a guerrilleros en los setenta hacen estallar una bomba en el consulado de los Estados Unidos en Guadalajara. Durante su escape encontrarán el pasado y el futuro de México. Y su encuentro con un viejo a quien, en su momento, le tocó sentir en carne propia la efervescencia de la Revolución mexicana.

Decencia se presentó el 16 de marzo en Colegio Civil Centro Cultural Universitario con los comentarios de Héctor Alvarado. Pero antes, en entrevista, Álvaro repasa su visión de la historia y la narrativa de la Revolución. **¿Cuando volteas a ver la historia de México en el siglo XX qué es lo que encuentras?**

Claramente la semilla de lo que está pasando ahora. Esta serie de hechos periodísticos que vemos como catastróficos y que yo no creo que sean tanto. No son una enfermedad sino un síntoma del país que construimos después de la Revolución mexicana, es decir, un país en que el capitalismo es corporativo y salvaje. Un país en el que los derechos de las minorías no se han respetado tradicionalmente, aunque ahora se respetan un poco más. Un país en el que no se toleró la disidencia durante setenta años y el resultado es lo que está pasando. La gente sabe que si va a su santo gana, que si respeta la norma y acomete las cosas pensando en la comunidad y no pensando en su cartera, no va a ganar. *Decencia* es una novela que revisa el siglo XX desde una de sus provincias: un coche que va cruzando el país durante los años setenta.

El año pasado celebramos el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución, una celebración que muchos tacharían de fallida, ¿cómo viste tú ese festejo?

Creo que hubo una serie de éxitos en el bicentenario que no se han contemplado, como el que no hubo ningún muerto y ningún herido en el desfile gigantesco que hicieron en la ciudad de México (risas). Eso ya era suficiente para un país que lleva 35 mil muertos en lo que va

del sexenio. Lo que está pasando en México es tremendísimo. Pero creo que aún así se magnifican cosas que quizá no merecieran la atención de los medios políticos y en cambio se minimizan cosas que sí son importantes, como este ejemplo minúsculo.

Yo no sé si estuvo bien o no gastarse todo ese dinero. En

literatura nacional. El surgimiento de una épica nacional que tiene calidad global. En ese sentido me parece que yo tenía que tener una conversación con eso, con el proceso de 1910 y con lo que le siguió.

De los narradores de la Revolución, ¿con quién te quedas?



Foto: Pablo Cuéllar Zárate

cualquier caso el país lo tiene, no es un país miserable. Y sí creo que para la generación de los chavitos, de mis hijos, sí va a ser memorable que hayamos ido al desfile. Se van a acordar de cosas de las que nosotros nos reímos porque somos adultos y nos da coraje pagar. Entonces, a mí no me escandaliza que un país se trueque una lana celebrando su cumpleaños. Es un poco como la Selección Nacional. Éste es un país con 117 millones de directores técnicos y 117 millones de presidentes de la comisión del bicentenario. De seguro todo mundo tenía una mejor idea de en qué gastar el dinero. Al final no creo que haya salido tan mal. Sí tuvo algo de memorable. Pero lo digo porque yo lo viví desde la perspectiva de mis hijos. A lo mejor si fuera solamente un amargo pagador de impuestos y no un amargo pagador de impuestos que es padre de familia, lo vería de otra manera.

La novela roza un poco eso y lo roza de una manera que a lo mejor puede ser interesante. A mí me parecía que mi generación tenía una deuda con la narrativa de la Revolución mexicana. O yo, más bien. Porque hablar de generaciones en literatura es una tontería. Yo tenía una deuda con la narrativa de la Revolución mexicana, una de las muchas cosas buenas que sí trajo la revolución, entre muchas otras horripilantes. Está la mayoría de edad de la

Martín Luis Guzmán es sin duda el mejor narrador que ha dado México. El mejor novelista. Si no existiera Alfonso Reyes sería la mejor prosa del siglo XX. Pero me quedaría con muchos, mayores y menores. *Cartucho* de Nellie Campobello es una obra maestra. No se explica ni Pedro Páramo ni nada más del siglo XX mexicano sin *Cartucho*. No se explica este género tan local, único y vigente que es la "novela de priístas" sin Martín Luis Guzmán. Monsiváis siempre decía que no, pero creo que *Yo fui soldado de levita* de Urquiza es una gran novela y uno de los retratos más interesantes que se han hecho de la ciudad de México durante la Revolución. El soldado sólo pasa junto a la ciudad, pero lo que ve es interesantísimo, porque es un relato muy desde la provincia hacia el centro, que explica muchas cosas que a lo mejor estamos entendiendo apenas de la Revolución. Gregorio López y Fuentes tiene libros muy buenos. *Se llevaron el cañón para Bachimba* es una gran novela. Es una literatura que ahí está, lamentablemente ha ido perdiendo vigencia, como es natural, y ahora sólo la leen los estudiantes de doctorado. Aunque *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* siguen siendo muy leídas y *Cartucho* se lee cada vez más.